

Zapata en busca de un garrote.

**RA** ya muy tarde. La noche iba adquiriendo esa lobreguez precursora de la tormenta. Las montañas del Valle parecían inmensas calderas en ebullición, cuyos negros vapores se extendían por la atmósfera robando la claridad del cielo y el fulgor de los astros. El Noreste se iluminaba de cuando en cuando, y oíase rodar el trueno lejano todavía tras las soledades del horizonte.

La ciudad parecía estar en brazos del sueño, arrebuada en sombras y arrullada por todos los ecos de la noche.

Nadie hubiera visto que de la casa de Beltran salía el mismo grupo de embozados que hemos visto en los corredores; entraba en un chalupon atracado en la poterna de la callejuela, y comenzaba á bogar silenciosamente hácia el canal, doblando la esquina del palacio.

Mientras ellos se dirigen á su destino, volvamos á la antigua habitacion de Gutierre.

Negromonte habia quedado solo. Cuando hubo calculado que se hallaban distantes los de Mendoza, tomó su linter-

na, bajó las escaleras, y dirigiéndose á una pequeña puerta de tantas como habia en el patio, dió en ella algunos golpes y puso el oido en la cerradura.

Nadie respondió.

Entonces, en vez del oido, aproximó su boca y gritó por dos veces:

Itzcoatl!..... Itzcoatl!

El mismo silencio.

Don Pedro debia tener mucha necesidad del que habia nombrado, pues comenzó á dar con el pié tales golpes sobre la puerta, que retumbaban por todo aquel recinto y resonaban seguramente hasta la calle. Viendo que esto no bastaba, puso su linterna en el suelo, retrocedió algunos pasos y se disparó con todo el peso de su cuerpo sobre las hojas. Estas crujieron, astillándose por el marco, al mismo tiempo que una lluvia de tierra cayó sobre la cabeza y las espaldas de Negromonte. Un esfuerzo mas, y todo estaba concluido.

Se disponia sin duda Negromonte á dar el golpe decisivo, cuando oyó por el extremo de la arcada varios pasos descalzos, y una voz que gritaba:

—Eh! señor! aquí voy!.....

Volvióse, y pronto se halló enfrente del que habia respondido. Era un azteca, medio desnudo, corpulento, y casi ennegrecido por la intemperie.

—¿Adónde estabas?—le preguntó Negromonte algo alterado por la cólera; y antes que el otro replicase, añadió:

—Corre, vuela, y dí á Tetzahuitl, que aunque deba pasar sobre el cadáver de Temachtli, tome sus armas y venga aquí sin perder un instante.

Itzcoatl desapareció.

Negromonte se internó por los patios, murmurando algunas palabras y dejando conocer en sus ademanes una grande impaciencia. Pronto se detuvo enfrente de una puercecilla gótica, reforzada por toscos atravesañes de hierro; sin soltar la luz, recorrió con una mano los cerrojos, abrió y hallóse con un hombre que al verle aparecer lanzó un grito indescriptible de espanto. Era Zapata.

—Qué! os asustó?.....—Dijo D. Pedro.

—Qué quereis de mí?—preguntó Zapata estremeciéndose de piés á cabeza.

—Sosegáos, buen hombre. Vengo solamente á molestaros con algunas preguntas. He visto la violencia de que habeis sido víctima, y quisiera conocer el motivo que originó vuestra desgracia.

Zapata, serenándose un poco al oír el acento casi paternal que Negromonte dió á sus palabras, dijo:

—Señor, lo ignoro tanto como vos; solo puedo deciros que yo vine á buscar el amparo de Mendoza, y en vez de un consuelo para nuestras cuitas, hallo la desconfianza, la cólera, la prision y el ultraje. No sé mas.

Y cuáles eran vuestras cuitas?

—Ah, caballero! Debeis saber que soy criado de una dama, Doña Isabel Dorantes, por quien tengo el cariño y la veneracion que tuviera por mi misma madre. Su casa es la dicha de mi familia y el refugio de mi indigencia. Una locura imperdonable á la vejez, pero muy natural en un pobre diablo aguijoneado por las deudas y la miseria, me hizo perder en una noche mis ahorros, que dejé abandonados por escapar de la cólera de un amo á quien ofendí miserablemente. Pobre, perseguido y hambriento, llamé en vano á las puertas de los antiguos camaradas. Tocaba al

extremo mi desesperacion, cuando Isabel sorprendió las lágrimas de mi hija; la reprendió por haber callado tanto tiempo acerca de la existencia y los trabajos de su padre, y no contenta con la caridad furtiva que se deslizaba por las manos de Juana hasta el fondo de mi pobreza, me hizo llamar y me aposentó en la casa; y desde entonces tuve hogar, y pan, y abrigo, y mas que todo, el afecto maternal con que esa dama cubre á mi hija, salvándola de los peligros que la hubieran acarreado mis circunstancias. Ahora, señor, Doña Isabel está amenazada. Todos los que pudieran defenderla están en las Hibueras con D. Hernando. ¿Qué soy yo, pobre viejo sin fuerzas, sin nombre, sin respetabilidad, para oponerme al paso de los señores poderosos que avanzan contra el honor y acaso contra la existencia de mi señora? hubieran mutilado mi brazo y hecho trizas mi espada; hubieran desoido mis súplicas, y hubieran llegado hasta Isabel hollando mi cabellera encanecida. Por eso he venido á invocar la generosa valentía del único amigo de Isabel: D. Gaspar de Mendoza.....

En el sentir de Negromonte, solo habia dos personas que tuviesen preparado aquella noche un golpe contra la Dorantes: él y Mendoza. Era evidente que si Zapata se amparaba de este último, era porque sabia los planes de Negromonte. Pero quién hubiera podido revelárselos? Una sospecha vehementísima recaía sobre Peralmidés Chirinos. D. Pedro quiso confirmar, con el testimonio de Zapata, lo que él ya consideraba como cierto, y dijo:

—Pero quién os ha dicho que vuestra señora esté amenazada?

—Oh! señor! el mismo forjador del crimen que á estas horas.... ¡Dios mio!.....

Zapata se torció las manos y mostró en la agitacion de todo su cuerpo la afliccion horrible que le atormentaba.

—Quién os lo ha dicho? insistió Negromonte.

—Oh!..... quién?..... quién?..... el señor factor!..... y luego yo..... qué imprudente!..... figuráos que dejé dicho, que si no volvia, nada temiesen..... y me habrán esperado.... y.... dejadme salir por compasion, señor!..... mirad que si no llego á tiempo, arde la casa y á todos nos llevan los diablos.....

—Basta,—replicó Negromonte disponiéndose á dejar á Zapata,—podeis permanecer tranquilo. D. Gaspar de Mendoza debe estar al lado de Isabel en estos momentos.

—Os vais? —dijo Zapata en el colmo de la angustia.

—Ya os dije que Doña Isabel está segura.

—Señor! me engañais..... señor!..... señor!

La puerta se cerró de golpe; Negromonte volvió á echar los cerrojos, y echóse á andar apresuradamente en direccion del primer patio.

Zapata lanzó una maldicion y azotó con la frente los tablonés de aquella puerta.

—Soy un menguado! —exclamó haciendo vanos esfuerzos por conmover la cerradura,—quién me ha dicho que me sirviera de malas artes cuando todo estaba concluido practicando un escondite en la misma casa? Quién si no yo y Juana lo hubiera conocido?..... Zoquete! y mas que zoquete, presumido y ligero! pensar que tocaba al colmo de la astucia; engreirme con la mentida apariencia del éxito; gloriarme de la fuerza de mi inteligencia; soñar con los laureles del triunfo! y despues, zurra! y viene la balumba de pescozones y garrotazos, y todo por bestia, por jumento!.....

Estas palabras eran acompañadas de tirones de pelo, y de gestos de verdadera rabia. Despues sosegábase un poco, y dando un apacible curso á la reflexion, se entregaba á investigar las causas de la conducta de Mendoza, que le parecia cada vez mas inexplicable. Luego se interrumpia para exclamar:

—Oh! y el tiempo vuela, y el crimen se consuma! y yo no puedo estar allí para impedirlo!

Despues volvió á quedar pensativo. Así pasó mas de una hora.

De súbito le vino la conciencia del tiempo, y exclamó enderezándose de un salto.

¡Por vida mia que yo reviento esta noche! pero juro que no nos perderemos por falta de esfuerzos. Ah! si encuentro una palanca.....

Entonces comenzó á tantear las paredes, y avanzó por la oscuridad en busca de los rincones.

Segun él, un rincon, y mas cuando es de un cuarto bajo y abandonado, está lleno de trebejos entre los cuales nunca falta un palo cualquiera.

A poco andar topó con un obstáculo: era un grueso machon que servia de estribo á la bóveda. Al principio creyó que aquello fuese la pared, y cambió de rumbo, siguiendo la direccion que le indicaba el costado de aquel saliente. No dilató en tocar un bordo, reconoció el estribo, lo pasó y continuó adelantando. A cosa de seis metros volvió á hallar otro estribo. Su mano pasó casi rozando una barra de hierro que se encontraba en aquel ángulo, y que dos años despues, cuando la casa fué comprada por el alguacil mayor Bocanegra, se halló en el mismo sitio convertida casi en herrumbre, y deleznable cual si fuera de polvo.

Zapata prosiguió su camino: su mano izquierda tendida hacía adelante, mientras la derecha reconocía el muro, tocó de repente los límites de la pieza por aquel lado.

Zapata registró el rincón, sus dedos encontraron solo algunas telarañas que crugieron ligeramente al desgarrarse.

Dió media vuelta y comenzó á seguir á lo largo de la pared del fondo. A poco trecho sintió que la pared hacia esquina y torcía.

—Será una puerta?—dijo;—probemos.

Pero no era una puerta, sino la boca de un pasadizo estrecho, de un antro que se prolongaba quién sabe hasta donde. Allí se bajaba por dos ó tres peldaños, que Zapata bajó creyendo descender á un abismo;—después notó que el piso, conforme se adelantaba, ofrecía un declive mas y mas rápido y comenzaba á cubrirse de un fango que hacia difícil y poco segura la marcha. Zapata, casi olvidado de buscar la palanca, guiado por esa curiosidad que en estos casos nace del instinto de salvación, quiso saber hasta dónde sería el término de aquel subterráneo. El suelo empapado, la frialdad del aire, el olor sulfhídrico, le indicaban la proximidad de una reguera ó de un caño que debía salir hasta la calle, y podía ser un recurso para la fuga. El descenso iba siendo alarmante.—Zapata sentía que al dar el paso levantaba sus piés envueltos en una pesada capa de fango. Pronto sintió el agua en los tobillos, pero al tender su brazo para buscar un apoyo, topó con las tablas de una puerta. Esta no era tan pesada como la del patio; podía conocer, palpándola, que era delgada, esponjosa, débil, casi trémula y presentando en toda su longitud tres ó cuatro rendijas donde podían caber los dedos.

Detrás de las tablas escuchábase un rumor parecido al eco lejano de una corriente. Era el viento.

Zapata probó la resistencia de aquella puerta imprimiéndole algunos sacudimientos. Las hojas obedecían haciendo rechinar los goznes, y á cada empujón se oía por el resquecio un chasquido sonoro, que indicaba claramente la presencia del agua.

—Aquí está el canal,—murmuró Zapata.

Quiso ver si lograba distinguir algo pegando un ojo en la mas ancha de las hendeduras, y parecióle vislumbrar cierta difusión blanquecina, vaga, y ligeramente movible, que él creyó fuese el reflejo del cielo sobre la superficie del canal. Pero vió hacía la parte superior, y no vió sino tinieblas. El fondo y los costados presentaban el mismo aspecto. Escuchábase de cuando en cuando el azote con que las aguas removidas se estrellaban contra el recinto.

Zapata se resolvió á derribar la puerta. Sin embargo, supuso, como era natural, que si cargaba todo el cuerpo, la puerta se abriría sin duda; pero él quedaba expuesto á rodar en aquella oscuridad, y caer quién sabe en qué ignoradas honduras. En consecuencia, metió sus dos manos por la rajadura de las tablas, asió el filo de una de ellas, apoyó su pié izquierdo sobre el umbral, y tiró fuertemente la tabla que dió un traquido semejante á un pistoletazo, y giró como en goznes, sobre algunos clavos torcidos. Zapata sintió entonces que el viento arremolinaba sus cabellos y se le colaba por la abertura de su justillo.

—Que me entierren,—dijo,—si este aire no viene de la calle.

Al decir esto, acabó de desprender la tabla. Tenía, pues, el instrumento mas útil en aquellas difíciles circunstancias:

la sonda. Así midió la profundidad del agua, colocada inmediatamente despues del umbral, y halló que podia meterse en ella como en un charco.

Eran tan espesas las paredes donde se abria la puerta, que Zapata anduvo un callejon de seis cuartas para poder encontrar la otra salida. Al llegar aquí se detuvo; á la izquierda, sus pupilas dilatadas en la oscuridad vieron distintamente el cuadro vacío de una ventana. Dió un grito de alegría, y exclamó volviendo á calar la sonda:

—Cáspita! parece que estas son las piezas anegadas de la callejuela..... quiere decir que el agua no me tocará las rodillas..... sí, claro..... aquí está el fondo..... Adelante!

Zapata se metió de plano en el estanque, y adelantó paso á paso en direccion de la ventana. Cuando llegó al pretil asomó la cabeza. Vió entonces un aposento lleno tambien de agua, con sus paredes surcadas por espantosas cuarteaduras, y allá en la extremidad tres puertas góticas, enfrente de de las cuales se levantaba, como edificada por la noche, la tapia de la callejuela.

Un paso mas, y Zapata estaba salvado.

Donde el lector seguirá viendo mas y mas embozados, y al fin descansará en el término de esta primera parte de la historia.

**Y**A era la media noche. Juana, cavilando aún con aquella misteriosa entrevista de su padre con Isabel, dejó su lecho y se encaminó por el jardin, presintiendo las emociones que debia experimentar dentro de unos cuantos instantes. Acercóse maquinalmente al mismo sitio donde habia hablado con Mendoza; allí estaba un fuste de columna tendido cerca del estanque, forrado casi por el musgo: Juana se sentó en él, y esperó.

Solo ella que tan bien conocia las avenidas y glorietas del jardin, pudiera haber llegado hasta aquel lugar sin extraviarse entre el ramaje; porque era tal la sombra, que no se veia ni el cielo ni la tierra.

La tempestad impregnaba ya todo el aire; las hojas no se movian, los susurros callaban. Un silencio terrífico gravitaba sobre la noche.

Oyóse un rumor por el lado de la poterna.

—Ya están aquí,—dijo Juana. Se levantó, puesta la